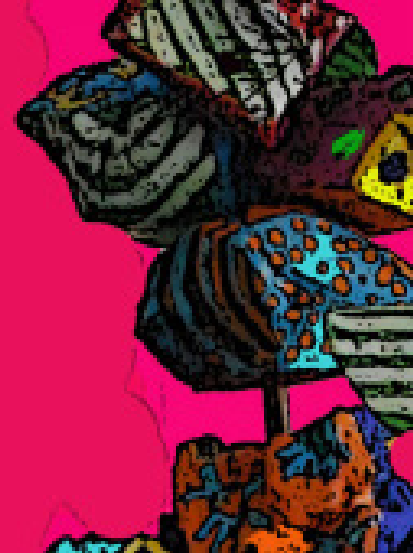


**CONGRESO
INTERNACIONAL DE
INTERVENCIÓN PSICOSOCIAL
ARTE SOCIAL Y
ARTETERAPIA**
*de la creatividad al
vínculo social*

978-84-695-6787-6



Acompañar desde lo social

Trabajo con menores y adolescentes

Carlos Rocamora Jover.

En primer lugar, agradecer a Francisco J. Coll Espinosa por haberme invitado hoy a este foro de reflexión sobre la intervención psicosocial. Estar hoy aquí y poderles hablar abiertamente sobre como creo que hay que atender las necesidades que presentan nuestros infantes y adolescentes con necesidad de ser sostenidos por “otros” y fuera de su contexto familiar en el que-hacer diario de mi trabajo no es una cosa común ni frecuente. He de confesarles que no todo el mundo entiende esto de “acompañar desde lo social”.

Quiero también aprovechar este momento para agradecer a todas las personas que, con su acompañar, me han permitido poder hacer mi trabajo con niños y adolescentes durante todos estos años, especialmente a Paco Coll y Pepa Poveda. Mis palabras de hoy, son el fruto de las semillas que me encontré al inicio de mi carrera profesional.

Para empezar, quisiera rescatar unas frases que leí y que me ayudaron a tranquilizarme respecto a mi profesión, **la de educador**, que poco tiene que ver con el significado lo etimológico de su palabra, ya que tenían mucho que ver con el malestar que yo percibo en mi trabajo cuando acompaño a niños y adolescente con dificultades.

- No cabe duda de que las ciudades, unas más que otras, son promesa de bienestar para las personas que buscan su amparo, si bien es cierto que no es fácil encontrar un lugar en ellas y que por lo tanto no hay ciudad sin malestar del ciudadano,
- Los llamados “adultos”: madres y padres, maestros, trabajadores sociales, políticos, médicos, psicólogos, psicoanalistas, etc. tenemos la responsabilidad de reconocer el malestar de la infancia y de transmitirles modos posibles de “hacer algo con él”, más allá de la omnipotencia, de la impotencia o del juicio moral.

Quiero comenzar mi comunicación diciéndoles, que he venido hoy a aquí para manifestrles que después de todo este tiempo he llegado a la conclusión que el malestar de la infancia ha de ser atendido a través del acompañamiento, si como oyen, acompañando a los niños que no llegan a ser sostenidos por sus padres y que necesitan una mano para apoyarse al caminar por la vida. Espero que no se asusten ni que piensen que con esto he resuelto la reflexión que pretenden estas jornadas. Me comprometo hoy a explicar que es esto del acompañamiento en la infancia, también desde donde se puede hacer y de hecho, desde donde lo hago. No les voy a hablar de teoría sino de experiencia. También de mis emociones

Tenemos que tener presente que el principio que ha de guiar la atención a la infancia es la de respetar el derecho que todo niño tiene a permanecer en su propia familia, por considerar que esta es el medio más adecuado para su desarrollo. No obstante, en ocasiones se presentan dificultades o carencias tanto a nivel personal,

familiar o social que hacen necesario la articulación por parte de las instituciones públicas de mecanismos que atiendan estas dificultades y permitan una demanda atención por parte de las familias de los menores habidos en ellas.

También quiero partir y compartir con ustedes, la idea de que la infancia no puede permitirse el lujo de ver pasar el tren y no montarse en él. El tiempo es básico. Lo vivido hasta los 7 u 8 años será el cimiento, la base donde después, en la adolescencia, se iniciará construcción de la identidad personal de cualquier individuo. Considero que esta etapa es vital para cualquier persona. Muchas veces he pensado que habría sido de mi si me hubiera criado en otro lugar más hostil.

Hasta aquí todo correcto. Me entienden, por un lado la necesidad de todo infante a vivir con sus padres en familia y por otro, lo importancia de las experiencias y el contexto afectivo en los años de la infancia.

Ahora cabría preguntarnos, ¿Cuándo surge el malestar?, yo creo que cuando un padre o una madre tiene dificultades para sostener a un niño en lo social y en lo personal, es decir cuando un infante no se siente arropado a través del bálsamo del afecto para poder entenderse y poder entender el medio donde está, iniciará un camino dirigido, inevitablemente, hacia el malestar y que éste, se mostrará con cualquier cara en forma de síntoma. Por lo tanto, entiendo que la responsabilidad de reconocer este malestar y hacer algo con él ha de ser el objetivo primordial de cualquier respuesta que se articule desde lo institucional.

¿Qué respuesta creen que necesita un niño envuelto en un continuo malestar?, ¿Qué piensan que le pediría a los reyes magos para aliviar su dolor?, habilidades sociales, unas zapatillas, un per para sus padres, libros,....

Yo creo que no, pediría la mirada de un adulto que le diera la mano al caminar y que junto a ella pudiera sortear y soportar los obstáculos el camino del vivir. Creo que todo niño que no encuentre esa mano difícilmente podrá soportar el paso del tiempo sin dolor y difícilmente podrá soportar la construcción de su propia identidad. También decirles que esa mano de ser el nexo que permita reconciliar el dolor con el padre y la madre que no han podido acompañar a su hijo/a y que posiblemente no puedan o no sepan resolver su dificultad.

Acompañar es eso, caminar junto a los niños/as desarraigados, desprovistos de atención y descolgaos de los circuitos socializadores, es decir, la escuela, la casa, el juego,.... Les hablo de niños perdidos, de los que crecen huérfanos de afecto y de amor.

En el mismo sentido, podríamos utilizar el mismo razonamiento para abordar el trabajo con adolescentes. Pretender resumir en una sola palabra en trabajo con adolescentes, posiblemente el momento más atractivo e importante en la vida de las personas, es complejo,

La adolescencia es el paso por un periodo en el que se abandonan unos ideales y unas identificaciones, se cierra una etapa (la niñez) para dar paso a otra. Esa diferencia entre lo corporal y lo personal, provoca en el adolescente una reacción encadenada de respuestas tendentes a defenderse de las posibles consecuencias de dicho desajuste, a la vez que va descubriendo una nueva forma de ver su realidad. Este es el momento de transición que tiene que hacer todo adolescente, por lo que este tiempo de pasaje se caracteriza por la confusión, la búsqueda, la pasión, las impulsiones, la contradicción,.....

El adolescente busca de forma irremediable la construcción de su propia identidad en un medio social que de entrada se presenta de forma hostil, en un lugar de referencia que no existe porque no se le reconoce como tal.

Las respuestas que desde lo social se dan a este momento es la de pretender ubicar a los adolescente en un medio sin responder a sus necesidades más emergentes como individuos. El adolescente no pretende que se le enseñe sino que se le permita aprender por sí mismo.

Desde lo social se nos encarga a los educadores que normalicemos a los adolescentes con problemas, que los incluyamos en los circuitos sociales para que adquieran autonomía y la independencia necesaria para que sean capaces de decidir sobre su futuro, pero eso si con una urgencia que por lo general no tiene en cuenta ni las necesidades del educador para proponer una oferta significativa ni la de los propios adolescentes para manifestar una demanda en función de la oferta que se le ha realizado.

Esto provoca que en muchos casos no hagamos más que proponer desde el punto de vista de una sociedad adulta y moralizante, no permitiendo así no albergar el deseo ni la posibilidad de elección, dejando al adolescente en la dicotomía de elegir entre el bien, que sería aceptar la propuesta o el mal que implicaría la negación de lo que se le plantea provocando no en pocas ocasiones la violencia como respuesta de escape. Cuando el adolescente se muestra rebelde o violento en estas situaciones, ¿cómo debemos reaccionar?, ¿continuamos proponiendo desde nuestra posición de autoridad si más? O debemos pensar que hay algo que no funciona y es que nos está dando muestras de que existe un malestar.

Philippe Meireu, en su libro "Frankenstein Educador" dice que lo normal en educación es que la cosa un funcione, que el otro se resista se esconda o rebele. Lo normal es que la persona que se está construyendo frente a nosotros no se deje llevar o incluso se nos oponga, a veces, simplemente, para recordarnos que no es un objeto en construcción sino un sujeto que se construye. El dilema es excluir o enfrentarse, dimitir o entrar en una relación de fuerzas. La tentación de la exclusión es echar a los bárbaros para poder ejercer bien la función de enseñantes. Esto es buscar la

comodidad del educador, pero si lo que pretendemos es educar, es decir transmitir y acompañar, deberemos negarnos a dar este paso y sostener y confiar ya que será así como los adolescentes estén en disposición de demandar y nosotros de ofertar. Este es el momento cuando el educador tiene que saber generar en el adolescente ese deseo de aprender algo significativo para hacerlo suyo, invitándole a jugar una partida donde el premio final resulta atractivo para él y no al revés. El deseo es el primer paso que debe dar para transformar las posibilidades que le damos desde nuestro trabajo. Los educadores necesitamos un tiempo para desarrollar esta tarea, para entender las particularidades de cada uno de los adolescentes que atendemos y a la vez permitir que cada uno de ellos disponga de los tiempos necesarios según sus capacidades, es una condición indispensable para que la oferta realizada tenga efectos de promoción en el sujeto .

A tenor de lo expuesto, clara esta la necesidad de ofrecer una respuesta coherente dirigida no a lo que deseamos que sean los adolescentes sino a lo que verdaderamente necesitan.

El adolescente no pide tanto que lo entiendan como que le respeten. La adolescencia no hay que combatirla sino acompañarla. Lo que verdaderamente va a necesitar es la presencia de un adulto que no claudique pero que tenga un respeto absoluto por su integridad subjetiva, que no ridiculice ni trivialice su posición tanto a nivel individual como social y que le ofrezca alternativas donde le deje fluir esa identidad .

Acompañar al adolescente supone establecer desde lo afectivo, un vínculo que permita reconocer al sujeto como tal. De este modo, el adolescente va a poder establecer una serie de identificaciones que le den sentido a su propia subjetividad.

Si bien el adolescente emerge en el medio social cargado de soledad, el acompañamiento le va a permitir iniciar su proceso de construcción y por lo tanto va a tener un lugar en donde mirarse. Desde la familia y lo educativo, partir de este modelo va a suponer el fortalecimiento de la participación del adolescente en lo social.

Es desde esta óptica, desde donde podemos hacer una propuesta de intervención con los adolescentes que permita hacer el tránsito de la dificultad a la posibilidad, pasar de una presencia aparente a una presencia real, donde el sujeto encontrará los límites de su propia pulsión .

Para finalizar, tan solo animarles a que utilicen el afecto y el amor en la atención del malestar de la infancia y adolescentes, que miren más allá de lo que sus ojos ven. Posiblemente puedan ver con claridad lo que verdaderamente se nos demanda en vez de responder a lo que no se pide.

Muchas gracias.